

transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado.» No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que, según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó deseo puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, puede creer demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo presionado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita, —Poder ó Fuerza,—que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.

(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

## VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la magia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destruída.

(1) Pág. 151, lín. 20.

(2) Pág. 152, lín. 12.

da. En seguida hagámonos cargo de las pruebas:  
 (1) «El cometa, que se ve en una noche aparecer y agrandarse en los cielos, no es un cuerpo creado recientemente, sino oculto, hasta entonces, por estar fuera del alcance de nuestra vista. La nube, que se forma en pocos minutos, no se compone de una sustancia que comienza entonces á ser, sino que existía ya en la atmósfera en forma difusa y trasparente..... Inversamente, observaciones exactas nos hacen ver que las destrucciones aparentes de materia no son sino cambios de estado. Así, el agua evaporada, aunque se ha hecho invisible, puede, por condensación, volver á tomar su forma primitiva.»

«El efecto de esa prueba específica, (N. B.) unido á la prueba que nos suministra diariamente la permanencia de los objetos que nos son familiares, ha adquirido tal potencia, que hoy día la indestructibilidad de la materia es una verdad, cuya negación es inconcebible.» (2)

Reasumamos. El escritor inglés, fundado en una constante experiencia, prueba solamente que la materia no se destruye, mas no, que no pueda destruirse: así mismo, prueba que la materia, una vez existente, experimenta constantes transformaciones; pero no, que no pueda comenzar á existir. Porque, es necesario distinguir la cuestión de hecho, y la cuestión de posibilidad. En cuanto al hecho, concedemos que la materia no se destruye, y aun añadimos, que estudiando la naturaleza de los seres que pueblan el mundo, se colige, que nada se destruirá. Y en verdad, que solamente porque el positivista asegura, (3) que esta verdad, solo en los tiempos modernos, y por los hombres de ciencia, ha sido puesta fuera de duda, me veo obligado á decirle que tambien los escolásticos de antaño la han profesado; oigamos por

(1) Pág. 152, lín. 16.

(2) Pág. 153, lín. 7.

(3) Pág. 154, lín. 15.

todos, al Maestro, (1) «Creaturarum autem naturae hoc demonstrant ut nulla earum in nihilum redigatur: quia vel sunt immateriales, et sic non est in eis potentia ad non esse; vel sunt materiales, et sic saltem remanent semper secundum materiam, quae incorruptibilis est utpote subjectum existens generationis, et corruptionis.. Unde simpliciter dicendum est, quod nihil omnino in nihilum redigetur.» Las naturalezas de las creaturas estan demostrando que ninguna de ellas será reducida á la nada: porque, ó son inmateriales, y así no tienen potencia para dejar de ser; ó son materiales, y entonces, por lo menos en cuanto á la materia, que es incurruptible, puesto que es el sujeto de la generación y de la corrupción, son siempre permanentes..... Por lo que hay que asegurar absolutamente que ninguna cosa será reducida á la nada.

Esto en cuanto al hecho; mas en cuanto á la cuestión de posibilidad, que es la única á que debe referirse el principio de la indestructibilidad de la materia, quedamos en espera de las pruebas para apreciarlas en seguida.

Podemos decir, que el mismo sofista no hace otra estimación de sus propias pruebas, pues está muy lejos de creer, que la existencia del cometa antes de su aparición, pruebe que no es creado; porque no dice que el tal cometa sea un cuerpo no creado; sino que no es un cuerpo creado recientemente: no dice que la nube sea una sustancia increada, sino solo que no debe creerse que entonces comienza á ser, pues que ya existía en la atmósfera en forma difusa y trasparente. Muy bien, Sr. Spencer, estos descubrimientos no datan, pues, de fecha moderna; los han conocido desde los más antiguos escolásticos: oíd al Maestro, dice: (2) «Deus requievit die septimo..... quia die septima cessavit novas creaturas condere: nihil enim postea fecit quod non aliquo modo praecesserit in

(1) 1ª Parte, Suma Teol. cuestión 104, art. 4; en el cuerpo del art

(2) 1ª Parte, Suma Teol. cuest. 73, art. 2º

primis operibus." Dios descansó el séptimo día..... porque en él dejó de crear nuevas creaturas: porque nada hizo después, que de algún modo no haya estado hecho en las primeras obras;" y en el artículo precedente, (1) dice: "Nihil postmodum á Deo factum est totaliter novum, quin aliquid in operibus sex dierum preceserit." Nada se ha hecho por Dios, después, que sea del todo nuevo, que no haya estado ya, de algún modo, en la obra de los seis días; y en la cuestión 69. art. 2.<sup>o</sup> dice: "In illis primis diebus condidit Deus creaturam originaliter, vel causaliter: á quo opere postmodum requievit." Dios crió en aquellos primitivos días, á todas las creaturas, original, ó causalmente; de cuya obra descansó después. "Qui tamen, añade, postmodum secundum administrationem rerum conditarum per opus propagationis usque modo operatur." Sin embargo, Dios mismo, continúa constantemente su operación, aun después (de haber creado las cosas,) por medio de la propagación, según corresponde á la administración de todas las cosas respectivamente. Y si por una parte, las mismas expresiones de que el filósofo positivista se vale al proponer los ejemplos del cometa y de la nube, dan á conocer de una manera indirecta, que Spencer, lejos de tener como absurda la creación de la materia, la supone; las últimas partículas de su proposición nos lo revelan mas patentemente. La materia no nace ni perece, á lo menos para nuestro pensamiento. Pues, ó esta restricción significa, que efectivamente la materia puede comenzar á ser y aun á aniquilarse, si bien esto no lo concebimos, ó las partículas que la expresan son inútiles. Mas si esas palabras tienen tal significación, y la dificultad se reduce á que Spencer se imagine la creación, podemos tranquilizarnos, con la seguridad de que, no sufrirá menoscabo alguno la realidad de la creación, ni su legítimo concepto intelectual.

(1) Ad 3.

## VI.

Examinemos otro principio celeberrimo de la filosofía spenceriana: que todas las cosas que conocemos "son manifestaciones de lo Incognoscible." (1) Esto en verdad no puede ser un principio de la Filosofía, pues es indudable que no es una proposición verdadera é inmediatamente evidente; mas tampoco puede serlo en el sentido de Spencer, puesto que en ninguna parte de los Primeros principios dice, que tal postulado sea comprobado por la experiencia. Ya le hemos oído decir, que el único principio que supera á la experiencia es la persistencia de la fuerza; luego, todos los demás no la superan; y por consiguiente, como en ninguna parte nos declara la correspondencia de tal principio con los hechos experimentales, creo que no tiene otra procedencia mas que la malicia del autor. Yo os confieso haber buscado y rebuscado repetidas veces la justificación de este famoso principio, sin haber encontrado mas que el siguiente pasage tomado de la página 90. que es donde parece hablar de él, de una manera más formal. Pues bien; allí leo el siguiente discurso: (2) "el sentido común afirma la existencia de una realidad; la ciencia objetiva prueba que esa realidad no puede ser lo que pensamos que es; la ciencia subjetiva prueba por qué no podemos pensarla como es; y en esa afirmación de una realidad, cuya naturaleza ó esencia íntima nos es absolutamente insondable, la Religión reconoce un principio esencialmente idéntico con el suyo. Queramos ó no, vémonos obligados á mirar todos los fenómenos como manifestaciones de un poder que actúa sobre nosotros." Mas este discurso es del todo vicioso. En él se afirma que existe una realidad admitida por la ciencia, si bien, dice el ló-

(1) Pág. 125, al comenzar el núm. 43.

(2) Lfu. 3.

igo positivista, la ciencia objetiva nos enseña que no upede ser lo que pensamos que es. La Religión también reconoce un principio esencialmente idéntico, dice, al que reconoce la ciencia, puesto que reconoce también una realidad, y esta es también incognoscible. (Bella prueba.) De aquí concluye: que la realidad admitida é incognoscible de la Religión, es la realidad admitida é incognoscible de la ciencia. Si yo pretendiera probar, que las enseñanzas de la filosofía spenceriana son las mismas que las de la filosofía escolástica, nadie desconocería lo ilegítimo de la prueba, si así la formulase: La filosofía spenceriana admite algo; es así, que la filosofía escolástica admite una cosa absolutamente idéntica, puesto que también admite algo: Luego ese algo admitido por la filosofía spenceriana es el mismo algo que admite la filosofía escolástica. Pues, el discurso de Spencer es tan disparatado como éste; porque de que la ciencia reconozca una realidad, y esta sea incognoscible, y de que la Religión admita igualmente una realidad también incognoscible, no se sigue la identidad de estas realidades, y por tanto, esa identidad debía ser probada por el lógico de la filosofía natural. Esto es precisamente lo que descuida por completo. Mas tan lejos está de probar tal identidad, que antes por el contrario, en muchos lugares de su obra, nos habla expresamente de la diferencia que existe entre esas realidades. Séanos prueba de esto todo el capítulo II de la primera parte, titulado: Últimas ideas de la Religión, y todo el capítulo III titulado: Últimas ideas de la ciencia. Al fin del capítulo II, concluye el escritor como resumen de todo lo que en él se ha dicho, que la potencia causa del Universo, es, para nosotros completamente incognoscible. (1) Al fin del capítulo III, igualmente, como resumen de lo que en él se ha tratado, concluye así: Luego las ideas últimas de la Ciencia representan todas, realidades incom-

(1) Pág. 43, lín. últ.

preñibles. (1) Bien, estos modos de hablar son por sí clarísimos, y nos dan á conocer evidentemente el pensamiento del autor acerca de las realidades á que en estos distintos lugares se alude, y es, que la realidad de que se habla en el capítulo II, esto es, la realidad proclamada por la Religión, es absolutamente diversa de las realidades de que se habla en el capítulo III, que son las que la ciencia reconoce, pues allá se habla de realidad, es decir, una, y en el capítulo 30 se habla de realidades, es decir, muchas: y aun en el capítulo IV, dice, que no puede haber mas de una causa primera, y reconociendo la infinidad como atributo de esa causa primera única, dice; «que la hipótesis de que haya mas de un infinito, se destruye por sí misma.» (2)

Todos los discursos del capítulo II se versan acerca de la existencia é incognoscibilidad de la causa primera del Universo, independiente, y tan distinta de él, como el efecto lo es de su causa. En el capítulo III, se trata ya de otro género de cuestiones. Ya no se disputa sobre la causa infinita, absoluta é independiente; sino de la naturaleza del espacio, del tiempo, de la materia, del movimiento: es decir: no se trata de la causa del Universo, sino de las sustancias y fenómenos del Universo. Examina el crítico positivista varias hipótesis para dar la resolución de las cuestiones que se propone, y después de no hallarlas satisfactorias, concluye con las palabras que he referido. Luego, las realidades de que se habla en el capítulo III, ó sean las naturalezas de las sustancias ó fenómenos del Universo, son diversas de la realidad de que se habla en el capítulo II, que es la *causa i causarum*, ese algo superior que dice Spencer que la Religión ha tenido la misión de revelar á los hombres. Luego, el decir, que nos vemos obligados á mirar todas las cosas como manifestaciones de lo incog-

(1) Pág. 60, princ. del núm. 21.

(2) Líns. 16 y 16 de la pág. 74.

noscible, y el seguir insistiendo en el mismo aserto en varios lugares que se siguen al de la página 90, al grado de hablar de él en la página 125, como de un principio ya sentado, es completamente malicioso, y demuestra el empeño que tiene el autor en infundir á toda costa su panteísmo.

Confírmase lo dicho: porque, si, según Spencer, es ilegítimo inferir del conocimiento de los modos y atributos de un objeto, conocidos directamente por la experiencia, el conocimiento de la naturaleza de ese objeto; sino que debe decirse con toda seguridad, que tal naturaleza es incognoscible, con mas razón lo es, aplicar á una cosa que ó debe decirse absolutamente incognoscible, ó sólo se tiene de ella una conciencia indefinida, como dice Spencer, de la realidad absoluta, (1) los atributos ó modos que deben convenirle, como son esas manifestaciones de que se trata. Y ¿qué deberemos juzgar de la maliciosa introducción del principio de que nos ocupamos, cuando en unas partes, como en el pasaje de la página 90, parece inculcarse simplemente la fusión ó identificación de las realidades incognoscibles, y en otras, como en el capítulo III de la segunda parte, se nos dice claramente, no ya que eso que se oculta tras las realidades que llama relativas, sea una misma cosa con la realidad absoluta incognoscible, sino que la misma realidad absoluta es un modo de lo incognoscible? (2) Y las realidades relativas observadas, ¿no son modos de las realidades que tras de ellas se ocultan, cuando estas, con ser el apoyo de las primeras, son apenas modos, de la realidad incognoscible? y ¿esta otra, de cual otra es modo? ¡Oh fábrica infinita de realidades y modos!

Mas, Sr. profesor, como quiera que, la fuerza ó poder incognoscible, esa fuerza incondicionada, es la realidad absoluta; y la realidad oculta tras la materia relativa la

(1) Pág. 141, lín. últ.

(2) Pág. 141, lín. últ.

llamais realidad absoluta y modo de lo incognoscible; y ese espacio, que oculto tras el espacio relativo, creéis que debería llamarse absoluto, y por eso preguntais si existe, aunque quizá con todo estudio contestais que eso no tiene respuesta; esa realidad, digo, oculta tras el espacio, es tambien modo de lo incognoscible: la realidad oculta tras el tiempo que deberá llamarse tambien absoluta, es tambien modo de lo incognoscible; pues del tiempo asegurais que debe discurrirse como del espacio: de la realidad oculta tras el movimiento, que según vos, implica los conceptos de espacio, tiempo y materia, deberá decirse lo mismo por análoga razón. Luego, según esto, hay muchas realidades absolutas, una, causa primera, y las demás modos de la primera y efectos suyos: ó si no hay mas que una realidad absoluta, ¿es ella, causa y efecto de sí misma? ¿es modo de sí misma? *Ergo ut antes.*

Después de hablar de la materia, pregunta el autor: «si tal es nuestro conocimiento de la realidad relativa [hablando de la materia] ¿qué diremos de la absoluta? Una sola cosa, responde, que es un modo de lo incognoscible, unido á la materia por la relación de causa á efecto.» (1) Al leer estas palabras, me recordaba de aquella graciosa respuesta que había oído muchas veces á los chicos de escuela, cuando alguno de ellos pegaba algún golpe á otro, este decía, no fuí yo, fué mi mano; ¿conque la causa de la materia es un modo de lo incognoscible? decid de una vez, claro, como debeis, que lo incognoscible es causa de la materia, y vos mismo nos habréis dado la doctrina de la creación, que tanto os repugna, tal como la profesan los ilusos escolásticos.

Que el profesor de la Filosofía Natural llame á la causa de la materia, un modo de lo incognoscible; mas, como quiera que ello sea, es evidente que Sir Spencer no se refiere á la causa de las modificaciones accidentales

(1) Pág. 146, lín. últ.

de la materia; (de los cuerpos diría un escolástico,) ni tampoco se refiere á la causa que determina á la materia para constituir cuerpos de tal ó tal naturaleza; sino que se refiere á la causa de la materia considerada en general en cuanto al sér real que le corresponde. Y así, la causa de la materia considerada bajo un concepto tan universal, no puede ser otra mas que la causa de su sér, es decir: la causa creadora.

A la verdad, cuando el positivista inglés reconoce la causa de la materia, tal como lo hemos notado, se conforma con lo que los escolásticos acaudillados por su Maestro, piensan tambien acerca de la creación de la materia. Y solo por esta conformidad, me permito citar aquí las palabras del Dr. de las escuelas: (1) «Hoc igitur quod est causa rerum, in quantum sunt entia, oportet esse causam rerum non solum secundum quod sunt talia per formas accidentales, nec secundum quod sunt hæc per formas substantiales, sed etiam secundum omne illud quod pertinent ad esse illorum quocumque modo.» «En consecuencia, lo que es causa de las cosas por razón del sér que tienen, debe serlo, no solamente en cuanto á los cambios accidentales que sufren, ni solamente por razón de concretarse á determinada naturaleza; sino en cuanto á todo lo que pertenece al sér de las cosas de cualquiera manera.»

Si, pues, la aserción del defensor de la Filosofía natural, está de acuerdo con el discurso precedente del Dr. Angélico, no debe ser extraña al profesor positivista la conclusión que deduce el autor de la Suma Teológica, y es así: «Et sic oportet ponere etiam materiam primam creatam ab universalí causa entium.» «Es, pues, necesario concluir: que la materia, aun prescindiendo de toda modificación y determinación, ha sido creada por la causa universal de todas las cosas.»

Reasumamos todo lo dicho respecto de los principios

(1) 1ª part. Suma Teol. c. 44, art. 2º 0.

de la filosofía spenceriana.

En primer lugar: es absolutamente injustificable el procedimiento de Spencer, de establecer los juicios primordiales dotados de una certidumbre provisional, para fundar la de todos los juicios ulteriores. En segundo lugar: además de que un principio recibido de la autoridad, no puede ser de aquellos que sirven de base á la Filosofía; ni Spencer, ni ninguno de los demás profesores de la filosofía natural pueden tenerse por legítima autoridad para imponerse á las humanas mentes. No tienen, pues, derecho, solo por su autoridad de filósofos, para exigir nuestra adhesión al principio de la Persistencia de la fuerza. En tercer lugar: al exponer este principio nuestro filósofo se alista en el ateísmo, aunque no lo dice; por desgracia (para él) sus doctrinas le traicionan como siempre. En cuarto lugar: por el principio de la indestructibilidad de la materia, vuelve á ser eminentemente ateo y descarado materialista. En quinto lugar: por el principio de que todas las cosas son manifestaciones de lo incognoscible, es un excelente panteísta.

Concluyamos, que la definición de la filosofía spenceriana no es buena, y que aquellos puntos de donde es preciso tomar las doctrinas necesarias para exponer tal definición, y para precisar la naturaleza del sistema filosófico de Spencer, son un laberinto de contradicciones.

Permitidme hacer aquí una declaración. Me había determinado proponer como un ejemplo de la inconsecuencia, inconstancia y audacia del gran filósofo, la crítica que hace de las doctrinas sobre el origen del Universo; mas viendo que crecían mucho las proporciones del estudio que me propuse hacer, á fin de exponerlo delante de vosotros en la presente ocasión, prescindí con pesar de este intento. Y digo con pesar, porque si bien es cierto, que no se puede decir que se contradiga menos en este asunto, quizá pudiéramos decir que se contradice más. Le veríamos refutando los tres sistemas que allí examina, cuando el suyo es también uno de ellos,

y aun es realmente una monstruosa combinación de dos. ¡Qué refutación! mucho siento que me falte ahora el tiempo necesario para examinarla. Mas ved como concluye la cuestión sobre la naturaleza del Universo. (1) dice: «que es imposible considerar la causa primera como finita, que ha de ser infinita; (2) que la causa primera debe ser independiente, y que esto es una conclusión inevitable; en fin, concluye, que la causa primera debe ser absoluta é infinitamente perfecta, completa, total, omnipotente, superior á toda ley.» Preparémonos para la refutación de todas estas conclusiones. (3) «Si no temiéramos cansar inútilmente la paciencia del lector, fácil nos sería probar que los elementos de esos ratiocinios, lo mismo que sus conclusiones, no son sino conceptos simbólicos del orden ilegítimo,» dice el terrible filósofo.

¿No es verdad que ya adivináis una excelente demostración? y le sería fácil darla; pero le detiene el temor de impacientar al lector: aun es todavía mas curioso lo que sigue inmediatamente: «Pero en vez de repetir la refutación emplearla anteriormente, vamos á seguir otro método.» Conque, según le hemos oido decir, todavía no prueba, pues le sería fácil; y al mismo tiempo supone que ya probó; pero que no ha de repetir la demostración dada, sino que va á seguir otro método. La primera vez que leí este pasage os confieso haberme impacientado, pero no por el motivo que teme el autor; sino precisamente por no haber encontrado ninguna demostración; mas después, cuantas veces lo volvía á leer, me reía de muy buena gana.

Concluyamos finalmente, que una filosofía que se contradice constantemente, una filosofía inconsecuente y temeraria, no puede ser la verdadera filosofía; ¡cuán lejos está de sustituir á una filosofía, cuyos principios son

(1) Pág. 37, lín. 2.

(2) Lín. 4.

(3) Lín. 32.

irrecusables por ser conocidos por la luz de la razón, cuya virtuosa lógica es proverbial, y por cuya constancia en sus dogmas, ha echado profundas raíces en las escuelas, llamándose por esto «Escolástica;» y que aun hoy día no cedería un paso en sus enseñanzas, ante la vociferación de los modernos filósofos. Mas esta inflexibilidad, no es la de un sistema refractario de la verdad, sería esta su más degradante nota; es, por el contrario, la inquebrantable rigidez de la verdad misma; pues es un hecho que ha permanecido inalterable ante los ataques de sus enemigos. ¡Gloria, pues, á esa escuela, que cuenta entre sus primeros doctores al filósofo de Estagira, y en la época de su más grande perfeccionamiento, al Angel de las escuelas, que arrancó con su privilegiado ingenio los secretos de la filosofía aristotélica, de que Alejandro el Grande se mostraba tan celoso en una carta familiar dirigida á su maestro; (1) é ilustró con luz inextinguible aquellos misterios que Aristóteles declaraba al hijo de Filipo haber quedado ocultos aun después de la publicación de sus libros de Metafísica! ¡Gloria al inmortal Dr. Sollano, primer Obispo de esta Diócesis, que como astro brillantísimo despidió de sí tan intensos fulgores por su ciencia y santidad, que no desaparecen aún de nuestro horizonte! ¡Gloria al grande Estagirita de nuestra escuela de León, cuyas enseñanzas tuve la dicha de oír, y cuyo espíritu vive en nuestro Seminario, para mantener con su soplo la existencia de esa llama sagrada, que veo con placer anima aún á nuestros escolares!

Seguia, jóvenes, cultivando esa filosofía que ha dado al mundo de las letras, los más grandes héroes del saber humano.

*He dicho.*

(1) Plutarco, vida de Alejandro.